



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 17 DE NOVIEMBRE DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

Morir no siempre es definitivo

VISITA INESPERADA
OLGA DE LEÓN

La señora llegó sin previo aviso, como casi siempre acostumbra hacerlo. Así hay muchas gentes, que se mueven por el mundo como si fueran dueños del destino del resto. Y se toman libertades.

No estaba completamente sola en casa, su perrita la acompañaba, y eso le daba cierta tranquilidad, quizás poco creíble para cualquiera que nunca ha contado con la compañía de un animalito, al que se le quiere más que como simple mascota.

No, su compañía era como la de un humano, o mejor que muchos que se presumen tales. Un perrito -especialmente de los que viven con sus dueños, en la misma casa- acompaña de un cuarto a otro, o está quieto al lado de quien le da amor, o en el lugar que tiene destinado para descansar y dormir. Los animales suelen ser agradecidos, también aquí he de añadir, más que algunos "humanos".

Esa tarde, la que allí vivía no sospechó lo que pasaría unas horas después de que pensara que eran demasiados sus quejidos y lamentos por las dolencias que la aquejaban, y tomó el teléfono:

-M, hoy no iré. No soporto el dolor de mi hombro, brazo, mano y dedos del lado derecho. Prefiero tomar los medicamentos, aunque me harán dormir, pero me ayudarán a reposar lo necesario, y descansada ya, mañana repongo mis horas.

-Muy bien, Lic., cuídense. Entonces mañana la vemos.

-Sí, pues es el día que no voy, pero como hoy faltará, mañana cubro la estancia de las horas que me corresponden. Además, lo de las revisiones y correcciones las llevo adelantadas. Para mayor tranquilidad me comunicaré con B, por si tiene alguna duda y le avisaré que estoy en casa para lo que se ofrezca.

-Muy bien...

-Gracias, hasta mañana.

Apenas colocó el auricular en su lugar, sintió un viento helado que recorría su cuerpo, tanto o más como que el que soplabla fuera de la casa y golpeaba las ventanas. ¡Tres grados centígrados!, se leía en el termómetro de la pantalla en la televisión, que tenía encendida solo como una compañía más y para saber si la temperatura iría subiendo, aunque fuera un poco. Fue por un cobertor de lana que tenía en la recámara, bastante viejito (de los eléctricos que ya no usaba conectado) y regalo de una de sus cuñadas que quería mucho, por eso, a pesar de haberlo encogido lavándolo en agua caliente hacía años, seguía conservándolo.

Ahora era del tamaño perfecto -doblado a la mitad- para cubrir la parte de la "King Size" donde ella dormía. A su esposo le incomodaba, con la sábana y el edredón menos grueso, con eso tenía. Ella, en cambio, aunque encendía la calefacción por algunas horas, requería de mucho calor: la mala circulación, el dolor del ciático, los calambres y otras linduras...



Con el cobertor de lana en mano se encaminó hacia la estancia donde decidió dormir un rato, pues el medicamento la obligaba, sabía que pasado el efecto, despertaría descansada y sin dolores, pero tenía que contar con una hora y media.

Durmió profundamente cincuenta minutos, y se despertó sin dolores, después de las tres y media de la tarde. Una extraña sensación de frío dentro de la casa, superior al de fuera, la invadió; la perrita sobre su camita portátil seguía dormida, hecha un ovillo como si sintiera frío a pesar del calentador que tenía muy cerca.

Un olor a flores diversas que le eran familiares, y cuyos nombres no recordaba, le impulsaron cierto temor, sin saber por qué. Los olores, ¿pueden atemorizar?, se preguntó mientras el frío seguía pegado a su piel, al rostro, manos, brazos, pies y le calaba hasta los huesos.

Los cuartos próximos al calentador grande y el del recibidor, en donde había dormido plácidamente, y que lo tenía encendido, saliendo de la puertas corredizas de la sala, y estando ella cubierta con la cobija de lana, eran razón suficiente para que no se sintiera frío. Sin embargo... algo pasaba que hasta en el ambiente se presentaba una presencia más allá de toda explicación racional: ¿una visita?

Ese olor... Por fin, supo a qué flores olía. Era el inconfundible perfume de nardos, azucenas, crisantemos: flores de ramos para velorios. Flores para muertos.

Recién tuvo estos pensamientos en mente, sacudió la cabeza, y se puso de

pie. Salió de la pequeña estancia y se dijo: -¡qué tonterías! Mejor voy a buscar las sábanas de franela en la parte alta del clóset, para vestir la cama, sin ellas esta noche no podré dormir. Metió la escalera de tijera a la recámara.

Y... de pronto, se vio desde fuera de su propio cuerpo, y se dio lástima. Un cielo intensamente azul, casi negro, cuajado de minúsculas estrellas o lucecitas brillantes, le iluminaba el rostro. Estaba acostada sobre el mármol, de espaldas, y con los cabellos ensangrentados. Un grito de "Nooo" salió de su garganta... le siguió una frase: "No me quiero morir..." y una plegaria mutilada: "No Señor, por favor, aún no..."

Los segundos fueron como caída de plumas de ganso que no llegan al suelo, y las lágrimas rodaron sin parar. La visita no se quedó, solo se asomó.

DON FILIBERTO Y SU CUCHILLO.

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Don Filiberto tenía un compromiso con su tarea. Contaba con un puesto en una calle que casi hacía esquina con avenida Insurgentes, en la Ciudad de México. Vendía jugos y sus vasos con fruta. Pasaba todo el día atendiendo clientes, y solo en ocasiones era sustituido por su mujer, cuando él debía dar alguna vuelta al banco o realizar algún otro trámite. Él y su mujer tenían dos hijos, de veinticinco y treinta años.

Don Filiberto se concentraba en sus preparativos, cuando le ordenaban un cóctel de frutas, como el tirador del arco de un circo que debe atinarle a la manzana situada encima de la cabeza de su amada. Cortaba con su cuchillo filoso, lo

que fuera: una sandía, un melón o un plátano. Se levantaba todos los días a las cinco de la mañana para bañarse, preparar su carrito de frutas y caminar con él quince cuadras hasta su lugar de trabajo, para estar ahí, en su puesto de la calle, puntual a las siete de la mañana, hasta las ocho de la noche.

Su esposa iba al mercado por las mañanas, a comprar la fruta que su marido necesitaría al día siguiente. También llevaba a la escuela a los niños y los recogía, para traerlos de regreso en camión a casa después del mediodía. Luego, a veces, los dejaba solos toda la tarde, mientras ella acudía a algún lugar que nadie sabía, ni qué hacía, ni con quién se veía.

Hasta que una mañana, alguien le dijo a Don Filiberto: "He visto a tu mujer con otro hombre". Y Don Filiberto sintió que le partían el corazón con su propio cuchillo filoso, como si lo apuñalaran una vez tras otra, hasta llenarle de hoyos el estómago y el pecho y el rostro. Don Filiberto pidió detalles. Para entonces, los rumores ya andaban en boca de todos los amigos: En tal y cual lugar, a tal hora, todos los jueves.

Don Filiberto no tenía las fuerzas para enfrentarlo. No quería sorprender a su mujer en fraganti. Creyó al pie de la letra lo que se le dijo, lo cual era la pura verdad.

Le quemaba el estar vivo, quería sacarse los ojos, enterrarse su cuchillo él solo, beber el veneno más amargo y dejar de existir, dejar de sentir su dolor. No pensaba en sus hijos, ni en su mujer, solo en el dolor puntiagudo que lo atravesaba y no lo dejaba respirar. Nadie quiso tener compasión de él; nadie quería matarlo.

Sin saber qué hacer, pensaba si atravesarse en las vías del tren, o lanzarse de un puente contra los autos; quería algo que le llevara a una muerte rápida que lo salvara del dolor, el cual apretaba hasta asfixiarlo, lo estrangulaba a pesar de que, con su propia mano, deseaba quitarse el yugo, pero para ello, había que dejar de vivir.

Don Filiberto tapó el carrito de sus frutas y lo dejó en la calle. En una bolsa de plástico cargó con el cuchillo y tomó un camión en dirección a Ex-Hacienda. "¿Me puede bajar en Torre Mayor?", le preguntó al chofer. "Yo voy para allá, le digo dónde es", escuchó decir a una señora que iba sentada en la primera fila. "Siéntese aquí a mi lado", continuó ella. "¿Usted es divorciada?", preguntó Don Filiberto. "Soy viuda".

Y Don Filiberto se sentó junto a ella, escuchando las historias que su compañera le platicaba. A los treinta minutos, Don Filiberto comenzó a platicar sobre lo que le había sucedido, y cómo pensaba quitarse la vida. "¡No haga eso! Usted y yo hacemos muy bonita pareja", le dijo Doña Helena. Y Don Filiberto sonrió, como no lo había hecho en muchos años.

Y esa noche, los nuevos amigos cenaron pan y café con leche en un restaurante del centro de la ciudad. Y a partir de ese momento, la vida de Don Filiberto cambió para siempre.



Gregorio López

Considerado uno de los más prolíficos autores veracruzanos, Gregorio López y Fuentes se ganó un sitio en la literatura nacional, con una obra que transita entre la novela de la Revolución y la indigenista, género que inauguró con su novela El Indio (1935), la cual por cierto le valió el primer Premio Nacional de Literatura que se otorgó en el país. Su texto presentaba al indio más que como un personaje, como un ser colectivo, como una suma de héroes anónimos que habían dado sustento al movimiento armado de 1910.

En ese momento López y Fuentes ya no era un novel escritor, tenía poco más de 20 años en el oficio y novelas como El vagabundo (1922), El alma del poblacho (1924), Campamento (1931), Tierra (1932) y Mi general (1934) que apuntaban a la línea de El Indio, que lo consolidó por ser, dicen los especialistas, la síntesis humanística de un pueblo que es retratado como producto de un pasado de injusticias y que pese a todo mantiene la esperanza, situación que conocía muy bien, desde sus propios orígenes en la hacienda El Mamey, en el municipio de Chicontepec, Veracruz, en plena huasteca, donde había nacido el 17 de noviembre de 1897.

Escritor y periodista, Gregorio López fue revolucionario hacia 1913, carrancista defensor del puerto de Veracruz durante la invasión norteamericana de 1914. Luego se trasladó a la Ciudad de México para estudiar en la Escuela Normal de Maestros, donde llegó a impartir clase de literatura y más adelante fundó la revista Nosotros, al lado de Rodrigo Torres y Francisco González Guerrero.

Cuarenta sus biógrafos que influenciado por el modernismo de la época publica su primer libro de poesía en 1914 (La siringa de cristal) aunque fue una etapa en la que se dedicó más a la enseñanza; sería hasta 1921 que retoma la actividad literaria y periodística como colaborador de El Universal Ilustrado y redactor de El Gráfico.

Su segundo libro de poesía vino en esta época cuando escribió Claros de selva (1922) y su primera novela El vagabundo, a la que dos años después le siguió El alma del poblacho. Los años 30 fueron los más prolíficos, como evidencia su producción que incluye las novelas El campamento (1931), Tierra y la Revolución agraria en México (1932), ¡Mi general! (1934), El Indio (1935), traducida a varios idiomas, Arrieros (1937) y Huasteca (1939).

A López y Fuentes se le identifica dentro de la novela revolucionaria sobre todo por textos como ¡Mi general!, a la que se considera una de las más impactantes de este periodo, al describir la vida de un campesino que con más valor que preparación alcanza el grado de general en la lucha armada y la espiral de seducción que va desde mujeres, negocios, cargos políticos, falsas promesas y una infinidad de lazos que lo atan y lo han de llevar a su ruina.

Se le destaca, entre otras cosas, por dar a conocer diversos aspectos de México, algunos incluso lamentables pero que son propios, dicen, de cualquier país que se ha levantado y ya camina derecho a su destino.

ad pédem literae

"Callando es como se aprende a oír; oyendo es como se aprende a hablar; y luego, hablando se aprende a callar."

Diógenes Laercio

Letras de buen humor

"Casi todos los médicos tienen sus enfermedades favoritas."

Henry Fielding

Herles Velasco

Pintar con el teclado

El arte digital no se limita sólo al uso de poderosas aplicaciones diseñadas para "pintar"; muchos de estos programas buscan emular la experiencia física y hacen uso de pinceles electrónicos, tabletas a modo de lienzos, superficies digitales que emulan texturas, o aditamentos para imitar la sensación del papel en vez del cristal de la pantalla; podemos decidir cuánta agua poner a nuestra acuarela o cuánto aceite a nuestros óleos, incluso se puede elegir desde dónde le dará la luz a nuestra "pintura", o usar la gravedad (a través de los giroscopios) para que las pinceladas de acuarela choreen por la pantalla; podemos imitar prácticamente cualquier material: desde el grafito hasta el aerosol, papel, lienzo o metal; y tenemos a la mano millones de colores para usar, o crear una paleta de colores precisos a partir de una imagen.

Claro, hay quienes buscan el lado menos práctico y hacen un trabajo técnico cuasi artesanal en sus obras, no conformándose con las herramientas existentes sino explorando en "materiales" electrónicos no concebidos para hacer arte, como una plantilla de Excel, por ejemplo (busque mi columna "Moving Ukiyo-e", del 19 de septiembre de 2018). Tampoco hay que perder de vista que de una u otra forma la tecnología (entendida como un conjunto de conocimientos,

instrumentos y métodos revolucionarios) ha cambiado la manera de hacer arte desde siempre; el óleo fue un (re)descubrimiento que cambió radicalmente el arte a partir del siglo XIV.

Usar un pincel electrónico sobre una tableta, o incluso rellenar con colores celdas de Excel podrían parecer formas naturales, en el contexto de nuestros tiempos, para hacer arte digital; usar códigos informáticos, no tanto. Y es que a veces no basta con tener conocimientos de estética, composición, o teoría del color, en el caso del arte a partir de lenguaje informático también hay que saber de programación, eso es lo que hace la artista Diana Smith; invito a que la busque en Google.

La pintura digital que crea esta artista es a través de CSS y HTML, dos de los lenguajes más usados para crear páginas en Internet. La manera más fácil de explicar cómo funciona es imaginar que todo lo que he escrito para usted en esta columna se va a traducir en formas y colores a la hora de volcarlo en una página web, por supuesto, para que la página tradujera de manera correcta hay que usar un lenguaje en particular. Crear de esta manera implica ir, en cierta forma, a tientas, ya que la artista no puede ver en tiempo real su obra; al final, lo que vemos no es un archivo de imagen, o una



captura de pantalla, sino la interpretación que el navegador de Internet le da al código original, esto implica que incluso la obra cambie al usar distintos navegadores.

La obra de Diana Smith es figurativa y está inspirada en los retratos clásicos del siglo XIX, también recuerda un poco a los retratos bidimensionales del art

decó de Lempicka, o al pop art del siglo XX, con los que crea lazos comunicantes. Las pinturas de Smith son entonces obra sin grandes pretensiones, pero con una complejidad intrínseca en su original técnica, prácticamente lo que hace es pintar desde un lenguaje, pinta con palabras desde el teclado.